

# Historia en tiempos violentos.

## Fresnillo, Zacatecas: presentismo, futuros distópicos y experiencias de una realidad violenta

*History in violent times. Fresnillo, Zacatecas: presentism, dystopian futures, and experiences of a violent reality*

JOSÉ ALFREDO **SÁNCHEZ GOYTIA**

Mexicano. Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Zacatecas; maestrante en Historia de México en la Universidad de Guadalajara. Correo-e: goyfredo96@gmail.com

Con fundamento en los conceptos de violencia, experiencia y tiempo, el objetivo de este texto es explorar la articulación del pasado, presente y futuro en la historia de una sociedad con un contexto violento y reflexionar cómo estas circunstancias llevan a escenarios de presentismo y futuros distópicos. Lo anterior aplicado al estudio del testimonio de Guadalupe, víctima del arrebato de su hijo en manos de la violencia y además originaria de Fresnillo, Zacatecas, la ciudad con la percepción de inseguridad más alta de México.

*Palabras clave:* violencia, tiempo histórico, presentismo, futuros distópicos, Fresnillo, Zacatecas

The aim of this article is, through the concepts of violence, experience and historical time, to explore the articulation of the past, present and future in the history of a society with a violent context; and reflect on how these circumstances lead to scenes of presentism and dystopian futures. The foregoing applied to the study of the testimony of Guadalupe, a victim of the death of her son at the hands of violence and also a native of Fresnillo, Zacatecas, the city with the highest perception of insecurity in Mexico.

*Keywords:* violence, historical time, presentism, dystopian futures, Fresnillo, Zacatecas

### Introducción

Para Eddie

««Vivimos en medio de un infierno»: la vida en la ciudad más aterrorizada de México»,<sup>1</sup> fue el encabezado de una nota del *New York Times* en español, publicada el 3 de agosto de 2021. Y es que era de esperarse que tras los resultados de la Encuesta Nacional de Seguridad Urbana (ENSU) del segundo

trimestre del mismo año, surgieran preguntas y opiniones que estuvieron en discusiones nacionales e internacionales, pues en este estudio se reveló que 96% de la población mayor a 18 años se sintió insegura en Fresnillo, Zacatecas, lo cual la volvía la ciudad con mayor percepción de inseguridad en México.<sup>2</sup> La nota de Óscar López abordó el testimonio de Guadalupe, una mujer fresnillense reflejo, quizá de ese

<sup>1</sup>Oscar López, ««Vivimos en medio de un infierno»: la vida en la ciudad más aterrorizada de México», *The New York Times en Español*, 2021, Recuperado de <https://www.nytimes.com/es/2021/08/03/espanol/violencia-zacatecas-fresnillo-mexico.html>

<sup>2</sup>La percepción de inseguridad pasó de 94.2% en marzo de 2021, a 97.1% en marzo de 2022. Fresnillo, Zacatecas, mantiene los índices más altos del país. Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), «Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana», 2021 y 2022, recuperado de <https://www.inegi.org.mx/programas/ensu/>

alto porcentaje de inseguridad. Relata la experiencia en torno al asesinato de su hijo en manos de hombres armados afuera de su propia casa: «Quisiera que no llegara la noche (...) no es vida estar con miedo», «Guadalupe ha pensado en marcharse de la ciudad o incluso en quitarse la vida», «No hay nada aquí (...) El miedo nos está invadiendo ya».

¿Qué significa para la historia el testimonio de Guadalupe y ese gran porcentaje de percepción de inseguridad? ¿Entre la posibilidad de quitarse la vida y el no querer que llegue la noche, cómo se articula el tiempo histórico? ¿La historia tiene respuestas al «no hay nada aquí»? Si la historia es tiempo y el tiempo es experiencia ¿cuál es la experiencia de Guadalupe?

El objetivo de este artículo es indagar de qué modo se entrelazan pasado, presente y futuro en la historia de una sociedad, guiados por los conceptos de violencia, experiencia y tiempo. Asimismo, reflexionar cómo estas circunstancias crean escenarios de presentismo o futuros

distópicos. Cabe advertir que aquí no se encontrarán respuestas o soluciones concretas al fenómeno de la violencia; no obstante, se inscribe en la posibilidad —o necesidad— de ensayar sobre los cuestionamientos contemporáneos acerca de problemas sociales urgentes en los que la historia tiene el potencial de incidir, no sólo en el compromiso de la interpretación de lo que no se encuentra en el presente, sino en entender de qué manera difiere éste del pasado para influir en los matices. Con probabilidad a través del análisis histórico del tiempo, sea posible descubrir invitaciones teóricas que se pongan en práctica.

### **Marco contextual mínimo: Fresnillo y la violencia**

Fresnillo, Zacatecas, es un municipio del centro norte del país que desde su fundación se ha caracterizado por una dinámica minera. Con el paso del tiempo se ha posicionado en los primeros lugares (internacionales y nacionales) en listados sobre producción de plata. Fresnillo no se puede

A lo largo de 15 años, en la disputa por el «control» de este espacio estratégico para las actividades delictivas, la sociedad ha estado inscrita en una realidad violenta, en la que han intervenido traficantes, instituciones de seguridad pública (policía municipal y Secretaría de Marina), y los distintos niveles de gobierno.



entender sin las minas y las estructuras sociales que éstas tejen, porque constituye además uno de los centros económicos y poblacionales más importantes del estado. Esta ciudad se ha configurado por un largo listado de experiencias violentas acaecidas por más de una década en la cotidianeidad de la sociedad, de ahí que en la actualidad se identifica como el municipio con más percepción de inseguridad en el país. Hacer un recuento del porqué de esta situación equivaldría a un análisis histórico profundo que conduciría a un amplio nudo de variables, pero en este caso no es ese el objetivo. Indudablemente, son necesarios estos datos preliminares para exponer de forma somera algunas condiciones socioeconómicas que distinguen a Fresnillo y que proporcionan cierto sentido a las olas de violencia e inseguridad.

El estado de Zacatecas por su delimitación política se ubica en un lugar estratégico para el comercio con el norte, centro, oriente y occidente de México, pues sirve de conexión con carreteras federales importantes (45, 36 y 54) en el flujo comercial nacional e internacional, y que, dicho sea de paso, todas atraviesan el municipio de Fresnillo. En términos geográficos, Zacatecas cuenta con las accidentadas ramificaciones de la Sierra Madre Occidental, sus amplios y despoblados semidesiertos (características geográficas propicias para el cultivo, ocultamiento y distribución de estupefacientes) y su colindancia con estados como Jalisco, Nayarit, Durango, Coahuila, San Luis Potosí y Guanajuato, los cuales han permitido que los grupos de narcotraficantes de distintas organizaciones vean en «El Mineral»<sup>3</sup> una «plaza» que vale la pena disputar.<sup>4</sup>

A lo largo de 15 años, en la disputa por el «control» de este espacio estratégico para las actividades delictivas, la sociedad ha estado inscrita en una realidad violenta, en la que han intervenido traficantes, instituciones de seguridad pública

<sup>3</sup> Sobrenombre por el que comúnmente se le conoce a Fresnillo, Zacatecas.

<sup>4</sup> Quien esté interesado en esta situación basta con que escriba en su buscador electrónico de preferencia «violencia en Fresnillo» para encontrar un gran número de notas, videos, críticas, imágenes e información.

(policía municipal y Secretaría de Marina), y los distintos niveles de gobierno. Con esto no pretendo afirmar que la violencia en Fresnillo, en toda su amplitud conceptual o en específico aquella relacionada con las drogas, sea algo de tres lustros; sin embargo, en la memoria colectiva de los fresnillenses —estoy convencido— existe un antes y un después de 2008. En la primavera-verano de aquel año, un enfrentamiento entre lo que se cree fueron dos organizaciones de narcotraficantes antagónicas, dejó por lo menos tres víctimas mortales, según lo publicado en la Prensa local de la XLI legislatura.<sup>5</sup> Desde entonces y hasta la actualidad situaciones de esa naturaleza continúan suscitándose. Incluso, no ha habido un solo año (o meses) en los que se rompa esta continuidad. Semejantes circunstancias, aunque breves, son factor decisivo para que el lector dé un vistazo a la realidad que define la experiencia contemporánea de los fresnillenses en la que se encuentra Guadalupe, como testimonio del 96.2% de percepción de inseguridad en Fresnillo; que entre muchas cosas, tiene como factor común la violencia.<sup>6</sup>

## Tiempo, experiencia y violencia

¿Qué es el tiempo y cuál es la relación con la violencia? Los historiadores qué hacemos sino trabajar con el tiempo, ya sea pensado en su correspondencia con la física (González, 2005), como analogía geográfica (Braudel, 1989), como experiencia (Koselleck, 2001), o como heurística de sus articulaciones (Hartgog, 2007; 2022), el tiempo histórico tiene una conexión estricta con el ser humano y por ello no es estático; sino dinámico, complejo, históricamente variable, históricamente presente y aún más, no es único. Además, el tiempo histórico, el que construye el historiador en su labor historiográfica es «el punto en el que confluyen las distintas temporalidades colectivas» (Inclán y Valero, 2017); pero también aquel que «va cambiando con la historia, cuya modificación se podría deducir de la coordinación cambiante entre experiencia y expectativa» (Koselleck, 1993, p. 337).

En ese sentido, el tiempo no sólo es una cuestión física matemática de la que se vale el historiador para deslizarse entre los periodos históricos, ni tampoco es sólo aquella medición que transcurre entre las acciones. El tiempo, en concreto el tiempo histórico en cuanto a experiencia y expectativa, es la captación sensitiva de la realidad y

<sup>5</sup> «Balacera de 2 horas en el Mineral». *Prensa local LIX Legislatura*, 19 de junio de 2008, Recuperado de: <https://www.congreso Zacatecas.gov.mx/cgi-bin/coz/mods/secciones/index.cgi?action=verseccion&cual=1201>

<sup>6</sup> Por ejemplo, durante diciembre de 2018 a mayo de 2020, Fresnillo registró una tasa «extrema» de homicidios dolosos que van de los 92.61 a 207.90 casos por cada 100 mil habitantes. Ello colocó al municipio en los primeros lugares de incidencia delictiva de esta naturaleza a escala nacional. R. Francely, «En región Fresnillo <extrema> tasa de homicidios», *NTR Zacatecas*, 20 de junio de 2020, recuperado de <https://ntrzacatecas.com/2020/06/20/en-region-fresnillo-extrema-tasa-de-homicidios/#:~:text=En%20el%20mapa%20de%20M%C3%A9xico,nacional%20es%20a%20la%20baja>

también su investigación.<sup>7</sup> Experiencia es el pasado que está en el presente «cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados»;<sup>8</sup> mientras que expectativa es el futuro en el presente, «el todavía no a lo no experimentado», es el deseo, la esperanza y el temor.<sup>9</sup> En esa complejidad, es que a pesar de las distancias entre los filósofos de la antigüedad como san Agustín o antropólogos del tiempo como Koselleck y Hartog, la pregunta sobre qué es el tiempo no pierde vigencia pues, incluso, «regresa cada vez que interrogamos sobre el tiempo en que vivimos: nuestro presente».<sup>10</sup>

Reflexionar acerca de nuestro presente resulta incómodo porque se ponen en evidencia nuestras carencias, vicisitudes, cuestionamientos y realidades que constantemente estamos acostumbrados a negar, o bien hay quienes se encargan de hacernos cuestionar nuestras propias experiencias. Además, en un tiempo presente acelerado donde la violencia es un elemento cotidiano para la construcción de la realidad, es posible pensar en que la tensión entre las conjugaciones temporales se incline de forma vertiginosa según las condiciones o los momentos paroxísticos a los que se enfrenta la sociedad. Es decir, la violencia como realidad o concepción<sup>11</sup> es capaz de poner en discusión el presente, oscurecer el pasado y negar el futuro, pero a final de cuentas, ya sea que el tiempo se experimente «apasionante (...) doloroso (...) o trágico», es siempre ineludible.<sup>12</sup>

Así que, con esa condición ineluctable del tiempo, hay quienes han preparado herramientas heurísticas que nos permiten el acercamiento hacia el tiempo. Koselleck, por ejemplo, nos habla de tres niveles temporales de experiencia: a) Los «depósitos de experiencia», en los que se acumulan y conjugan todas las experiencias, pero que también «van más allá de una persona y de una generación», y para dar cuenta de ellas, se recurre retrospectivamente «a la reflexión histórica».<sup>13</sup> b) Las «unidades generacionales» de experiencia en las que se crean, almacenan, ensamblan y regulan «experiencias únicas o repetidas o padecer los mismos acontecimientos».<sup>14</sup> c) «La experiencia originaria», la que se instala por sorpresa «en aquella diferencia temporal mínima entre el antes y el después» que dan lugar a una nueva experiencia.<sup>15</sup>

El tiempo y la violencia guardan cierta relación, pues la violencia en su complejidad es percibida, definida y aprehendida por agentes y

espacios diversos en los que se conjugan interrogantes científicas, percepciones sociales, etcétera. Todas estas acepciones y representaciones en conjunción no son homogéneas, aunque sí pueden determinar esquemas de pensamiento o dinámicas sociales cuando se encuentre o imponga un consenso general.<sup>16</sup> Pero no por ello, el tiempo o la violencia caen en el reduccionismo sino que son esquemas de inteligibilidad historizables y que además constituyen la historia.

Hay que reconocer entonces, la presencia de la violencia en la realidad ya sea por vínculo directo inmediato (como Guadalupe, y los fresnilenses) o por su participación histórica en la definición del presente, y para ser conscientes de ello, propongo tres momentos de violencia que se relacionan respectivamente con los niveles temporales de experiencia:<sup>17</sup> *Violencia estructural* («la de siempre»). Suerte de colectivo singular (violencia) en la que se conjugan un sinfín de percepciones, concepciones ideológicas o morales, fronteras y regulaciones históricamente variables; no obstante, que a final de cuentas lo violento está ahí, en la experiencia histórica. *Violencia institucional o instaurada*. Se acumulan, repiten y reproducen pautas violentas hasta generar hábitos sociales.<sup>18</sup> *Violencia paroxística o coyuntural*. Se inscribe en la violencia estructural y en la instaurada, en cuanto a medio para un fin, sea político, ideológico, social o subcultural, pero que se expresa álgida y repentinamente al gestar nuevas experiencias o acepciones de violencia (como anomia), que ponen en crisis las conceptualizaciones de violencia como institución o estructura.<sup>19</sup>

<sup>7</sup> Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia*, España, Paidós, 2001, p. 46.

<sup>8</sup> Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, España, Paidós, p. 338.

<sup>9</sup> *Idem*.

<sup>10</sup> François Hartog, *Cronos. Cómo Occidente ha pensado el tiempo, desde el primer cristianismo hasta hoy*, México, Siglo XXI, p. 13.

<sup>11</sup> Realidad como aprehensión y construcción social/individual de lo real (lo dado, el hecho, lo *facto*); concepción como realidad subjetiva, ya sea colectiva, ya sea individual.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>13</sup> Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, p. 55.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>16</sup> Piénsese en la diferencia entre el tiempo visto desde el cristianismo y el pensamiento asiático, o bien la relación entre el sacrificio o el monopolio legítimo de la violencia en el que se sustenta el Estado Moderno. Véase François Hartog, *op. cit.*; y René Girard, *La violencia y lo sagrado*, España, Anagrama, 1995.

<sup>17</sup> Sobre las tres volveré más adelante tratando de explicitar los argumentos mediante el testimonio de Guadalupe.

<sup>18</sup> Ignacio Martín-Baró, *Poder, ideología y violencia*, España, Trotta, 2003, p. 37.

<sup>19</sup> Violencia paroxística es un concepto que aún tengo en construcción. Pero parte de la idea de que el paroxismo es: «exaltación extrema de los afectos y pasiones» y «grado de exaltación de un sentimiento o sensación».



En la percepción de inseguridad que impera en Fresnillo, Zacatecas y en el testimonio de Guadalupe, el depósito de experiencia en el que se inscribe la violencia estructural, quizá se vislumbra en las instituciones que instauran un *deber ser* y pretenden el *orden natural* de las cosas a través de conceptos como seguridad o estado de derecho, y su relación entre la sociedad y el Estado.

Con lo anterior, se busca reconocer que la violencia se encuentra en el devenir histórico de la humanidad, y negarlo tal vez pasaría en cierto punto a negar el progreso —en el sentido amplio del concepto—, puesto que la violencia en su distinción más general, es el medio por el cual se han servido las sociedades para buscar orden, derrocar dictaduras e instaurar democracias, justificar guerras e incluso vengar, combatir o curar la violencia misma. Naciones que se construyen con base en un monopolio legítimo de la violencia, como sucedió en el surgimiento del Estado moderno.<sup>20</sup> René Girard, reflexiona que «no se puede prescindir de la violencia para acabar con la violencia», lo que la vuelve «interminable»;<sup>21</sup> añadiría que como producto social la violencia es históricamente variable, y el cuestionamiento sobre si es parte de la naturaleza humana es igualmente debatible<sup>22</sup> —aunque a muchos nos gustaría creer en que no es así. Por ejemplo si se piensa en el sacrificio,<sup>23</sup> la violencia

vendría a ser el mecanismo para restaurar el orden o la armonía cuando las experiencias humanas no se entienden entre sí. Precisamente en las experiencias se encuentran los «niveles temporales en los que se mueven las personas, se desarrollan acontecimientos o se averiguan sus presupuestos de larga duración».<sup>24</sup>

### **Reflexiones sobre una realidad: experiencias violentas**

En el entendido de que en los depósitos de experiencia se encuentran «todos los conflictos generacionales»<sup>25</sup> su relación con la violencia estructural es históricamente rastreable en —por mencionar de modo somero algunos ejemplos— conflictos bélico-religiosos, aperturas democráticas, búsqueda de la libertad y paz, revoluciones ilustradas, legitimación del Estado moderno o guerra contra el narcotráfico. En tanto a estructural y humana el tiempo se ha encargado de objetivar y hacer valer sus usos para fines que, según las distintas condiciones históricas, distinguen entre lo legal, lo sacrificable o lo injusto.

violencia intestina: disensiones, rivalidades, celos, peleas, por lo que el sacrificio pretende eliminar para restaurar la armonía de la comunidad y reforzar la unidad social», *Ibid.*, p. 16.

<sup>24</sup> Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, p. 35.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>20</sup> Conferencia magistral, «Encuentro con Chronos», de François Hartog, Universidad de Guadalajara, Jalisco, 29 de agosto de 2022.

<sup>21</sup> René Girard, *op. cit.*, p. 34.

<sup>22</sup> Por ejemplo, los contrastantes argumentos de Rousseau y Hobbes.

<sup>23</sup> «Sacrificio como *transfer* colectivo que se efectúa a expensas de la víctima y que actúa sobre las tensiones internas (...) Existe un común denominador en la eficacia sacrificial: la

En la percepción de inseguridad que impera en Fresnillo, Zacatecas y en el testimonio de Guadalupe, el depósito de experiencia en el que se inscribe la violencia estructural, quizá se vislumbra en las instituciones que instauran un *deber ser* y pretenden el *orden natural* de las cosas a través de conceptos como seguridad o estado de derecho, y su relación entre la sociedad y el Estado. Es allí donde tiene lugar la dicotomía entre la violencia legítima, justa o necesaria y la ilegítima, mala o terrorista. Esto tiene la capacidad de ser estudiado desde una perspectiva mucho más amplia, siendo objeto de estudio en sí mismo algo que aquí no sucede. Empero, es sólo una hipótesis ilustrativa, en la que pretendo enmarcar los otros dos niveles de experiencia y violencia, con la intención de desarrollarlos un poco más.

Con anterioridad expuse en términos muy generales lo que representó el enfrentamiento entre cárteles antagónicos en 2008, en Fresnillo, de igual forma sugerí que a partir de ese momento circunstancias de la misma naturaleza han estado presentes hasta la actualidad. En ese sentido, sigo la premisa de que Guadalupe y los fresnillenses son parte de una «unidad generacional» que se sitúan entre dos «experiencias originarias» violentas: el enfrentamiento entre narcotraficantes (2008) y el asesinato del hijo de Guadalupe en 2021, o bien en los resultados de la Encuesta Nacional de Seguridad Urbana de ese año.

Para entender esta problemática, vale la pena recurrir a un par de años antes de lo que llamaré *la balacera cero* de 2008 en Fresnillo y a algunos años previos del testimonio de Guadalupe. En 2006, el gobierno mexicano encabezó una estrategia conocida como la «guerra contra el narcotráfico», misma que además de elevar los índices de homicidios, criminalizó a todos por igual sin distinguir entre rangos o sin recurrir a juicios para analizar la culpabilidad de los criminales, inclusive, con una actitud combativa, el gobierno federal optó por el sistema castrense<sup>26</sup> al militarizar las calles.

<sup>26</sup> Aunque se reconoce al gobierno de Felipe Calderón por un modelo militar para hacer frente al problema del narcotráfico, el uso de las fuerzas armadas para necesidades de esta índole se puede rastrear desde la primera mitad del siglo XX. Con el

Con todo, los grupos de narcotraficantes en lugar de prescindir de la violencia, encontraron la forma de armarse, humana y técnicamente para hacer frente a la «guerra».<sup>27</sup> En 2018 llegó a la presidencia nacional un proyecto que se piensa distinto y que sobre el problema del narcotráfico mantiene una estrategia de «prevenir» en vez de combatir; aunque pretende no dar continuidad a la «guerra», los índices de inseguridad<sup>28</sup> y de homicidios dolosos —por lo menos entre civiles— no han disminuido con relación a años pasados, al contrario, parecen aumentar.<sup>29</sup> Entre esas experiencias (combativas o preventivas) se encuentran los fresnillenses.

Ahora bien, en el consenso de que *la balacera cero* no tiene símil en el pasado (en tanto a fines y ejecutores), se entiende que ese enfrentamiento fue un acontecimiento único, por lo tanto una experiencia originaria que condicionó las relaciones y prácticas sociales; lo que después, por la repetición de acontecimientos de esa naturaleza, transformó las percepciones y también las experiencias estructurales sobre las instituciones ligadas al concepto de seguridad.<sup>30</sup>

En ese sentido, entre el antes y el después de *la balacera cero* hay una «diferencia temporal mínima que constituye retrospectivamente la historia de una experiencia»<sup>31</sup> un tanto biográfica de los fresnillenses. En cambio, por ejemplo, Guadalupe es consciente de la realidad violenta en la que vive en 2021; no obstante, tras el asesinato de su hijo, ese acto adquirió el carácter de unicidad o de sorpresa, a la par de que en términos no individuales sino sociales se asentó en una unidad generacional violenta porque se almacenaron y regularon «experiencias únicas o repetidas»<sup>32</sup> o bien, porque la sociedad fresnillense padece los mismos acontecimientos:

La violencia ya era aterradora hace cinco años cuando explotaron unas granadas frente a la iglesia, a plena luz del día, dijo la mujer. Luego, algunos

paso del tiempo el Estado fue perdiendo el monopolio de la violencia, así como la legitimidad ante la sociedad, ya sea por su participación, regulación o criminalización de todo lo relacionado con estupefacientes, globalización, capitalismo financiero o consolidación de los grandes cárteles mexicanos. De ahí que un gobierno como el que inició en 2006 tuvo que recurrir a la violencia para legitimarse a costa de miles de vidas, ello marcó a generaciones con una declaración de guerra.

<sup>27</sup> Sobre esta línea sirve también un número de la revista *Desacatos*. Recomiendo, a manera de introducción, revisar a Marcelo Bergman, «La violencia en México, algunas aproximaciones académicas», *Desacatos*, núm. 40, 2012, pp. 65-76.

<sup>28</sup> INEGI, *op. cit.*

<sup>29</sup> ¿Estamos frente a una experiencia generacional? Tomando en cuenta a Ignacio Martín-Baró, quien reflexiona en torno al concepto de «institucionalización de la violencia», mediante el que observa una realidad salvadoreña de la posguerra en la que se instauraron y reprodujeron prácticas violentas como consecuencia de la guerra civil, donde se han cosechado más muertes que en la guerra en sí. De manera que, la violencia exacerbada que en la actualidad enfrenta México, podría ser consecuencia de la instauración y reproducción de prácticas violentas, resultado de la guerra contra el narcotráfico. Ignacio Martín-Baró, *op. cit.*

<sup>30</sup> «Conceptos relevantes» en los que confluyen la percepción, el conocimiento y las experiencias. INEGI, *op. cit.*, p. 3.

<sup>31</sup> Reinhart Koselleck, *historia/Historia*, España, Trotta, 2004, p. 50.

<sup>32</sup> *Idem.*

niños del pueblo fueron secuestrados y desaparecieron sin dejar rastro. Después tiraron los cuerpos de los ejecutados en las calles.

Y el mes pasado unos hombres armados irrumpieron en su casa, arrastraron a su hijo de 15 años y a dos de sus amigos y los mataron a tiros, dejando a Guadalupe —quien no quiere que se publique su nombre completo por miedo a los hombres— sumida en el terror, al punto de que no quiere salir de su casa.

«Quisiera que no llegara la noche», dijo entre lágrimas. «No es vida estar con miedo».<sup>33</sup>

En efecto, *la balacera cero* puede ser la manifestación originaria —experiencia por sorpresa— que marcó un punto de inflexión en la cotidianidad de los fresnillenses que hasta ese momento, silenciosamente, se fueron fraguando una serie de condiciones que permitieron dicho evento. Esto dio pie a una generación violenta, en la que *las balaceras n* y las demás manifestaciones de la violencia (narcomensajes, desaparecidos, extorsiones, cuerpos incompletos, etcétera) son experiencias que se suceden y corrigen entre sí, debido a que se inscriben en los estratos de repetición —experiencia generacional— y que se almacenan además en la experiencia estructural, de esa forma constituyen el tiempo histórico.

El tiempo histórico y el concepto de violencia son de nuevo comparables porque en la violencia estructural se encuentran la violencia instaurada o institucional y la paroxística o coyuntural. En cuanto a la primera, teóricamente se distingue cuando se considera a la violencia como un método eficaz en la resolución de problemas, que incide en el desarrollo de la sociedad en corto, mediano y largo plazos. En esta violencia se concentran y reproducen ciertas pautas agresivas que «llegarán a formar parte de los hábitos más arraigados de la sociedad», hecho que propicia la «institucionalización de la violencia».<sup>34</sup> Por otro lado, en la violencia paroxística o coyuntural encuentro otra vez la experiencia de Guadalupe, cuando afirma que a pesar de ser consciente de la violencia «aterradora» desde cinco años atrás, después de la pérdida de su hijo, la expectativa, es decir su pretensión de futuro, ya no es pertenecer a esa unidad generacional, puesto que a diferencia de los cinco años que siguió acumulando experiencias violentas, afirma que «ya no hay nada aquí [Fresnillo]». Por tanto, en una generación violenta como ésta, la articulación entre pasado, presente y futuro, se encuentra en crisis. Si el pasado (2008) ya mostró que el presente es violento (ENSU), el futuro puede —o no— ser asimismo violento. Empero, ¿un acontecimiento único de tal naturaleza como la de perder un hijo, podría modificar la expectativa en tanto a que el posible futuro (violento o no) se vuelva distópico, indeseable en sí mismo, lo que marcaría el fin de la historia de Guadalupe? De ser así, ¿ésta podría ser una experiencia en la que el

pasado («antes no era así») se difumine porque el presente adquiere protagonismo ante el futuro indeseable?

Es evidente que las anteriores preguntas, además de estar planteadas desde una perspectiva poco optimista, dejan más dudas que respuestas. De modo complementario, debo aclarar que no estoy tomando al *temor* como el «fin de la historia», pues es bien sabido que esta característica social ha formado parte del devenir histórico, ya sea como motor o como definidor de expectativas;<sup>35</sup> sin embargo, entre el «ya no hay nada aquí» y el deseo porque no llegue la noche ¿cómo se articula el tiempo histórico?

### **Régimen de historicidad: ¿todavía hay algo aquí?**

El tiempo histórico es una relación asimétrica que resulta de la tensión entre el espacio de experiencia (incorporación racional e inconsciente de los acontecimientos del pasado) y el horizonte de expectativa (porvenir no experimentado donde confluyen el deseo, el análisis racional y la curiosidad).<sup>36</sup> Por su parte, el régimen de historicidad es el instrumento que interroga la «manera como se articulan pasado, presente y futuro», en especial cuando su articulación no es evidente,<sup>37</sup> entonces, ¿cómo se articula el tiempo histórico en una sociedad violenta como en la que vive Guadalupe? En otras palabras, si la experiencia generacional de Guadalupe en 2021 se define por la acumulación de un pasado violento y un presente que se antepone al pasado no violento, y su expectativa reside en un sentimiento de (des) esperanza en la que el futuro es distópico, o simplemente no se quiere llegar a él —por lo menos si sigue dentro de Fresnillo— por el deseo de morir o huir de la violencia, ¿qué tiene más peso: el pasado, el presente o el futuro?

En el supuesto de que la violencia se instaure en el imaginario colectivo y es parte fundamental

<sup>35</sup> Reinhart Koselleck, *Futuro pasado...*, p. 338.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 342.

<sup>37</sup> François Hartog, *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 15.

<sup>33</sup> Óscar López, *op. cit.*

<sup>34</sup> Ignacio Martín-Baró, *op. cit.*, p. 37.

de la vida cotidiana porque representa un porcentaje significativo en la percepción de inseguridad a pesar de que se puede calificar de «terrorífica», las evidencias indican que de cierta manera la violencia instaurada ya define la experiencia de los fresnillenses y, por ende, construye una unidad generacional. Así, el espacio de experiencia, es decir, el presente, conjuga una serie de elementos donde el pasado es asimismo violento, si bien en algún momento (quizá antes de 2008) la violencia sí existía, pero carecía de manifestaciones como la *balacera cero* por lo que su existencia «silenciosa» sólo se encuentra inserta en el tiempo largo. Por ello, encontramos un pasado que ya no es contemporáneo a la unidad generacional, de ahí que el pasado se desvanezca.

Existe la posibilidad de que una experiencia de violencia paroxística ponga en duda el orden de las cosas, incluso cuando una característica constitutiva de ese *orden* sea precisamente la violencia. En paralelo, el hecho de que el pasado y el presente se piensen violentos y que el futuro se avizore como tal, en la posibilidad de *ser o no*

*ser*, lo no violento ya no es una opción. Tal vez Guadalupe esté frente a una «brecha» en la que el tiempo se encuentra «determinado por cosas que ya no existen y por cosas que todavía no existen»,<sup>38</sup> lo que significa que la generación fresnillense pudiera estar frente a una «detención»<sup>39</sup> o suspensión del tiempo: «Los habitantes de Fresnillo se sienten invadidos por la violencia y paralizados por el miedo, sus testimonios evidencian el fracaso de las políticas del gobierno mexicano para enfrentar al crimen organizado».<sup>40</sup>

Estos testimonios no sólo son indicios del supuesto fracaso político para combatir la violencia, sino también —aunado a los resultados de la percepción de inseguridad— se ponen en crisis algunas estructuras que podrían dotar de sentido y recordar el pasado no violento a experiencias o expectativas, como lo que queda de lo que *solían ser* el Estado de derecho o bien las instituciones policiacas. Instituciones que deberían brindar la

«Los habitantes de Fresnillo se sienten invadidos por la violencia y paralizados por el miedo, sus testimonios evidencian el fracaso de las políticas del gobierno mexicano para enfrentar al crimen organizado»

<sup>38</sup> Hannah Arendt citada en *Ibid.*, p. 24.

<sup>39</sup> François Hartog, *Cronos...*, p. 271.

<sup>40</sup> Óscar López, *op. cit.*



seguridad, pero que la sociedad fresnillense las contempla como escombros, sin que el tiempo les permita observarlas como ruinas,<sup>41</sup> incapaces de valorar su composición e importancia en el pasado y sobre éstas diseñar el futuro. El tiempo histórico está «desorientado»<sup>42</sup> fijado por la violencia en un presente perpetuo.

Es interesante pensar en las personas que nacieron entre *la balacera cero* y el testimonio de Guadalupe —bien puede ser su hijo asesinado en 2021. Él nació en 2006,<sup>43</sup> por lo que el espacio temporal mínimo<sup>44</sup> en el que tuvo la oportunidad para la adquisición de experiencia, se inscribió en el desvanecimiento del pasado no violento. De cierta manera, la corta acumulación de experiencia del hijo de Guadalupe, así como de quienes hayan nacido en esa relación espacio-temporal, es muestra de una unidad generacional violenta que no conoció una diferente, ni siquiera por el puente generacional de sus antepasados vivos, pues es probable que la experiencia heredada por sus padres o abuelos —quienes estuvieron antes de *la balacera cero*— se difuminara ante la acumulación de experiencias violentas, como ya se advirtió. Entonces, el hijo de Guadalupe y sus etarios son una generación donde el pasado, el presente y el futuro son violentos. Ellos no están referenciados en la ENSU, ni los narcotraficantes les permitieron dejar una evidencia o ser testigos de su propio futuro, por lo que estas reflexiones no son más que eso.

Quizá los jóvenes a quienes la violencia les arrebató la posibilidad de llegar a viejos, son quienes desafortunadamente —si se vale el juicio de valor— sean la evidencia más interesante para los que pretendan aplicar el régimen de historicidad al fenómeno violento en cuanto a crisis del tiempo histórico, por la manera tan evidente en que el «presente contemporáneo difiere de otros presentes del pasado»,<sup>45</sup> porque al terminarles su espacio temporal su presente siempre fue violento.

A diferencia de su hijo, Guadalupe se encuentra en una «ruptura de la continuidad», debido a que su esquema temporal es más amplio y le permite situarse entre dos realidades, entre el antes y el después de una experiencia paroxística (*la balacera cero*). No obstante, la continuidad del tiempo histórico se rompe distinta a la de su hijo, no porque esté frente a un pasado olvidado,<sup>46</sup> sino porque está ante «un pasado que no se ha abolido», pero que ya no es contemporáneo porque «no [puede] extraer prácticamente nada que [la] oriente en el presente, y [le] brinde la oportunidad de imaginar el futuro».<sup>47</sup> De

este pasado sólo queda la idea de que las cosas no eran así, pero con el paso del tiempo, entre los índices de violencia, las calles sangradas o los cuerpos ausentes, pareciera que el presente violento no tiene fin:

Los vecinos de la ciudad, como Guadalupe, han quedado atrapados en medio de los combates. Ella recuerda su infancia, cuando podía estar sentada en las escaleras con sus vecinos hasta la medianoche. Ahora, la ciudad se transforma en un lugar desolado después del anochecer. Guadalupe no deja que sus hijos jueguen afuera sin supervisión, pero ni siquiera eso pudo evitar que la violencia destrozara a su familia.<sup>48</sup>

Así, puedo situar a la sociedad fresnillense en un par de cuestionamientos que se hace François Hartog sobre la crisis del tiempo histórico: ¿[están] ante un futuro que prácticamente ha desaparecido en el horizonte o ante un porvenir más bien amenazador?», o bien «¿ante un presente que se consume de forma ininterrumpida en la inmediatez o ante un presente casi estático e interminable por no decir eterno?»<sup>49</sup> Tal vez las circunstancias de las que es testimonio Guadalupe se hallen entre estas dos cuestiones: el futuro violento (donde es mejor el suicidio o huir) o el presentismo («no hay nada aquí»).

### **Si el futuro no ilumina el pasado ni el presente, el espíritu camina entre tinieblas. La necesidad de justicia**

Con esa idea Hartog<sup>50</sup> reflexiona sobre la textura que tiene un presentismo como consecuencia de episodios traumáticos como Auschwitz e Hiroshima. Particularidad que puede incluso configurar una imagen congelada, una especie de detención del tiempo. Es pues un presentismo con una textura negativa. Tras esos crímenes contra la humanidad, piensa, el futuro pierde

<sup>41</sup> François Hartog, *Regímenes de historicidad...*, p. 28.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>43</sup> Según el testimonio de Guadalupe, su hijo tenía 15 años cuando «lo mataron a tiros». Óscar López, *op. cit.*

<sup>44</sup> Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, pp. 50-51.

<sup>45</sup> François Hartog, *Regímenes de historicidad...*, p. 15.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>48</sup> Óscar López, *op. cit.*

<sup>49</sup> François Hartog, *Regímenes de historicidad...*, p. 38.

<sup>50</sup> Versión acoplada del párrafo original de Hartog: «Si la creencia en el progreso se rompe o desaparece, si el futuro ya no ilumina el pasado (y el presente), el espíritu camina de nuevo entre tinieblas». François Hartog, *Cronos...*, p. 286.

su cualidad rectora en tanto al pensamiento moderno, por lo que presenta una crisis en el que el futuro se percibe como cerrado, el pasado se desvanece, mientras que el presente ocupa un lugar cada vez más prioritario.<sup>51</sup> Cuestionar el progreso, concepto fundamental en el que se sedimentaron los estados modernos, tras una experiencia de tal magnitud fue menester de las discusiones científico-sociales. Aunque, en México, en particular Fresnillo, la situación dista históricamente de tales procesos bélicos, es innegable que aquí se tienen pérdidas propias que ponen en crisis diversos conceptos, vida, seguridad y progreso.

Los discursos políticos fundamentados en el espíritu moderno<sup>52</sup> con sus diferencias y similitudes en el manejo del narcotráfico y la violencia criminal, se han encargado de poner en duda la experiencia de la esfera pública, como la de Guadalupe. Por ejemplo, las fórmulas utilizadas en *spots* publicitarios por tres distintos gobiernos: «Aunque no parezca vamos ganando», «Lo bueno casi no se cuenta pero cuenta mucho» y «Abrazos, no balazos», tienen visiones políticas del tiempo que vale la pena señalar.<sup>53</sup>

En el primer caso, empleado por el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012), el eslogan privilegia las acciones combativas del presente ante un pasado que permitió la consolidación de los narcotraficantes y para los cuales urgía una «mano firme»,<sup>54</sup> en la expresión «aunque no parezca» descansa también el presente de la opinión pública, en el que la urgencia de solucionar tal situación no es sólo con base en un pasado no violento, sino en la fuerza de un presente muy violento. En el futuro tal vez se encuentra el objetivo de las acciones de combate, pero la necesidad de precisar a la sociedad de que se están obteniendo resultados favorables ante la crítica de la opinión pública, muestra que el presente es más relevante que el futuro.

Por otro lado, en «lo bueno casi no se cuenta», pronunciado por el gobierno de Enrique Peña Nieto (2012-2018), las acciones de un pasado inmediato no son tomadas en consideración, a diferencia de lo que se cree o dice en el presente, todo está hecho para un futuro, es decir, para aquello que cuenta —o podrá hacerlo. En esta dialéctica entre lo que se hace desde lo estatal, lo que se manifiesta en lo social y lo que se dice desde el discurso oficial, nuevamente se vislumbra un

presente, quizá también un pasado, con más peso que el futuro.

Por último, «Abrazos, no balazos», política del presidente mexicano actual, Andrés Manuel López Obrador, considero que existe una carga temporal un tanto distinta. En la no violencia, expresada en un plan de prevención y no de combate, prevalece la importancia de las experiencias para la estrategia y definición del presente, en el sentido de que acusa al pasado —o a quienes se apropiaron de él en términos políticos-gubernamentales— de misión fallida, podría incluso plantearse una criminalización del pasado. El futuro, tiene en esta política un papel más explícito que reside en dejar las armas para propiciar el cambio social que, aunque no se menciona mucho, públicamente se piensa en ello como algo que pueda dar resultados, ¿a qué plazo? Las decisiones políticas del presente son tomadas con fundamento en las experiencias pasadas «fallidas» y el futuro se vuelve prometedor.

Es interesante cómo a pesar de que Guadalupe estuvo inmersa en esas tres articulaciones del tiempo, su testimonio, por lo menos tras el fatídico asesinato de su hijo, muestra un tiempo histórico distinto, que no coincide con ningún proyecto. Hartog nos recuerda que «las experiencias del tiempo (...) no se modifican de un día al otro, ni al mismo ritmo en todas partes y para todos. Hace falta tiempo para adaptarlas o rechazarlas, y en primer lugar para tomar conciencia de ellas».<sup>55</sup> Por tanto, en el «ya no hay nada aquí» de la mujer fresnillense, el pasado y el futuro no son suficientes para iluminar su presente suspendido o detenido; se prioriza la sincronía ante la diacronía; se concentra en la urgencia y no en el proyecto. Con probabilidad fue en una situación similar (con magnitudes más grandes) en la que se encontraron las reflexiones de Braudel y Levi-Strauss al pensar en la larga duración o en una antropología estructural respectivamente.<sup>56</sup> Pensadores condicionados por un paroxismo del desarrollo humano o una experiencia única: la Segunda Guerra Mundial.

<sup>51</sup> *Ibid.*, pp. 284-286.

<sup>52</sup> Aunque tiene sus modificaciones, la propia Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos es la misma que se inscribe en el periodo bisagra (1750-1850), planteada por Koselleck y en el que según Hartog el futurismo reinaba. Importa aclarar que las reflexiones de ambos parten de una realidad europea, distinta a la mexicana, pero que se traen a colación de este argumento como referente ilustrativo.

<sup>53</sup> Las breves reflexiones que vienen a continuación, dejan de lado muchas cuestiones que pueden ser objeto de amplios estudios particulares, como la aplicación del régimen de historicidad a cada uno de los proyectos de nación por sexenio, así como el análisis de la opinión pública. En ese sentido, entiéndase esto no como un posicionamiento político ni como una pretensión para agotar el tema, es sólo un planteamiento que pretende ilustrar una dinámica política en la que Guadalupe estuvo inmersa durante 15 años.

<sup>54</sup> Discurso utilizado desde la campaña electoral de Felipe Calderón.

<sup>55</sup> François Hartog, *Cronos...*, p. 274.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 284-285.

El futuro de Guadalupe no llegará sino hasta que el tiempo —la historia— le permita encontrar un juicio, una experiencia originaria que modifique las expectativas en torno a las instituciones de seguridad, o algo que le permita pensar en que el futuro pueda ser distinto. Esto es, el tiempo saldrá de su suspensión presentista, hasta que aquellas víctimas directas, emocionales o generacionales encuentren en el futuro la posibilidad de justicia. Así que, mientras que el futuro no ilumine el presente seguiremos caminando a oscuras.

### Consideraciones finales

Tal vez la historia y la violencia tengan más relaciones de lo que conviene o se quiere admitir, porque así como como la historia, la violencia además de ser parte del tiempo también lo construye. Ambas, desde cierto ángulo, son parte fundamental para entender a la sociedad. Y no es que me decante ante la conclusión de que el futuro siempre será violento tal y como es hoy, pero reconozco que al adentrarme a la historia de la violencia, me he percatado de que son de alguna manera inseparables. En este artículo se reflexionó acerca de las experiencias de Guadalupe, una mujer en la ciudad con la percepción de inseguridad más alta de México. El testimonio constata que su tiempo histórico se define por un antes y un después de la violencia que le arrebató a su hijo; por la repetición y continuación de la misma; por el rechazo a la posibilidad de que el futuro siga siendo violento, negación en la que inclusive la autoviolencia es una opción. En Guadalupe, como representante de la sociedad fresnillense, se expuso el escenario de una crisis del tiempo histórico.

Crisis porque la continuidad de la relación entre pasado, presente y futuro no es obvia. Crisis porque la violencia paroxística es capaz de modificar o por lo menos desvanecer por instantes la violencia estructural, o poner en duda el funcionamiento de la violencia institucional. Crisis porque el pasado se rompe cuando una experiencia originaria incide sobre lo que vale la pena recordar u olvidar de ese pasado y según esa elección, se genera un espacio de experiencia que define el

presente, pero también condiciona la expectativa, es decir el futuro. Crisis porque las experiencias son de tal magnitud y de tal repetición, que aparentan que se vive en un instante de lo mismo, donde el pasado ya no importa y el futuro es una extensión del presente. Así tal vez sea vivir en Fresnillo, donde hay ocasiones en los que no pasan meses sin balceras o manifestaciones violentas, y en los que constantemente me pregunto ¿quién va a querer resguardarse en los acervos históricos para blindarse del presente y asegurar su futuro?

Con seguridad, dicha cuestión vaya relacionada con los planteamientos de Daniel Inclán y Aurelia Valero, quienes en primer lugar inspiraron este ensayo. La crisis del tiempo histórico que se ve en estos dos autores gira en torno a que la Historia (*Geschichte*) no encuentra soluciones para «reconstruir o entender el pasado progresivamente complejo»; porque se caracteriza por un estado de «inocuidad» en el que no despierta interés más allá de los lectores de historia; y porque «la fuerza retórica» de la historia está agotada.<sup>57</sup> Estas tres acusaciones sobre la crisis de la historia responden a un presente violento que de manera constante ataca lo que de alguna forma creemos conocer de los seres humanos y las instituciones, pero ataca de igual modo al tiempo porque «el poder movilizador de la historia, en su orientación hacia el futuro, aparece (...) anulado» cuando el pasado no importa y el futuro será similar al presente.<sup>58</sup>

Tal como en el caso de Guadalupe, hay crisis del tiempo histórico cuando a la sociedad se le dificulta la capacidad de pensar en el pasado no violento, porque su experiencia fue definida por acontecimientos paroxísticos que con el tiempo se repiten, corrigen y suceden entre sí; todavía más complejo, cuando el espacio de experiencia se rompe por sorpresa (como el asesinato del hijo de Guadalupe), porque los nuevos acontecimientos orillan a replantear el orden de las cosas o a cuestionar si la expectativa –violenta o no- vale la pena que suceda.

En parte, entiendo cuando constantemente nos dicen que los historiadores somos socialmente pertinentes, por la labor de explicar el presente desde las posibilidades del pasado para la pretensión del futuro. Admito que he pensado en que en tiempos violentos que son capaces de desvanecer el pasado, la pertinencia de la historia es cuestionable por la urgencia de dar soluciones y respuestas a estas problemáticas que atentan contra la vida misma. Quizá para evitar los futuros distópicos y comprender el presente acelerado y violento, la forma de adentrarnos a conocer el fenómeno desde la historia, sea a través del tiempo. 

<sup>57</sup> Daniel Inclán y Aurelia Valero, «Reporte del tiempo: presente e historia», *Desacatos*, núm. 55, 2017, pp. 60-73.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 62.